

La Universidad y la Sociedad

Por Manuel Maldonado Denis de la Universidad de Puerto Rico. Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*.

I

Tratar un tema como el que nos preocupa “académicamente” trae de inmediato a mi mente lo que dice Paul Goodman sobre la “libertad académica” en las universidades: que ésta consiste esencialmente en la libertad para ser “académico” No se trata de un mero juego de palabras de su parte como sin duda comprenderá el grupo de “académicos” que me lea.

Porque si “académico” toma hoy el sentido de algo “estéril” o “inocuo, no se debe a que éste haya sido su sentido etimológico original. Después de todo el mismo fundador de la “Academia” arriesgó su vida por servirle de tutor a un joven tirano de Siracuse. Se debe más bien a la imagen que, ante la imaginación popular, ha tenido siempre el filósofo o el hombre de letras. En la *Ética Nicomaquea* Aristóteles narra el incidente de como Tales, por observar el movimiento de los cuerpos celestes, no miró donde pisaba y cayó en un pozo, ocasionando con ello la risa de la muchacha que se hallaba junto al pozo. Esta risa no era ni más ni menos que la impresión jocosa que aquel “académico” ofrecía ante los ojos de aquella mujer del pueblo que muy bien podríamos tomar como símbolo del sentir general de la sociedad sobre el filósofo. El mismo reproche de “académico” le hace Calicles a Sócrates por su “pérdida de tiempo” y “falta de seriedad” al dedicarse a la filosofía. Al pasar del tiempo, cuando la universidad se convierte en centro “académico” sus componentes —en la medida precisa en que han pretendido ser algo más que puros “académicos”— han incurrido en la ira de quienes desean que la libertad sea “académica”, y en el objeto de diversión de quienes sólo ven el carácter “académico” de la libertad académica.

En realidad, mientras las universidades fueron centro de formación intelectual para una aristocracia —como en las sociedades estamentales

o de las clases ordinarias —como en las sociedades capitalistas en sus primeros momentos— éstas eran centros donde se cultivaban las élites que más tarde ocuparían las posiciones de mando en sus sociedades respectivas. Esa cosa que se llamaba “las masas” no existían aún como factor político significativo, y la universidad podía permanecer como un recurso relativamente inmune a los reclamos de igualdad de oportunidades en cuanto a la educación. Cuando todo eso se viene abajo con el advenimiento de las grandes multitudes al pleno uso del poder político y social en los países capitalistas del Occidente, el problema de la “educación de las masas” se plantea como singular agudeza en éstos. La educación para las élites —la famosa educación clásica del humanismo liberal— sufrió un rudo golpe a medida que se hizo imperioso hacer extensiva a las clases proletarias y campesinas los frutos de una educación cuyo contenido y orientación eran básicamente aristocráticos. De ahí lo de la “educación de las masas”. El proceso es ya irreversible, si tomamos como definición de educación de las masas las palabras precisas de Irving Howe: “Por educación de las masas” tenemos en mente una situación históricamente nueva en donde se asume comúnmente que todos los miembros de la sociedad tienen el derecho de recibir toda la educación que ellos desean o que sean capaces de absorber; asimismo estaremos apuntando hacia lo que se deriva de dicha premisa, a saber, los problemas que son inherentes al esfuerzo de brindar a un segmento creciente de la población por lo menos alguna clase de educación universitaria”.¹ En otras palabras, que la sociedad actual considera, por lo menos en teoría, que la educación universitaria, no ha de ser el patrimonio exclusivo a los sectores de la sociedad que aún son menos favorecidos económicamente. El problema que esto plantea en términos de la posible “masificación” de la cultura lo examinaré más adelante. Basta con señalar aquí lo que por obvio no debe dejar de recalcar: que la universidad moderna no es un ente exótico cuyas raíces son tan etéreas que es menester buscarlas en el *topos uranus*, sino una institución social e históricamente determinada y, por ende, que es reflejo más o menos fiel de la sociedad y el tiempo dentro del cual existe. Y que, aun cuando puede reclamarse para ella una cierta inmunidad o insulación frente a la sociedad que le sirve como trasfondo, dicha inmunidad e insulación es un dato social tan explicable sociológicamente como el fenómeno social de su “inmersión” dentro de la sociedad.

Meditamos un poco sobre el particular. La universidad es, sin duda, un centro de investigación y de estudio, un recinto donde debe imperar la discusión racional y el diálogo interesado sólo en la verdad; en suma,

¹ Irving Howe. *Universities and intellectuals, Dissent* (Winter, 1964), p. 17.

es un centro de fermento intelectual. (Nótese que en lo que he dicho hay elementos normativos; he hablado no tanto de lo que la Universidad es, como de lo que debe ser. Pero aún así éstos son los “ideales operantes” sin cuya vigencia la Universidad lo es sólo de nombre.) Pero, ¿qué se enseña en la Universidad y cómo se enseña? Es fácil contestar la pregunta dentro del contexto de las mejores universidades norteamericanas, europeas y latinoamericanas; se enseña el enfoque humanístico liberal, se recalca “la tradición intelectual occidental”, se invoca al espíritu inquisitivo y crítico —el espíritu fáustico. El enfoque es, esencialmente, individualista y enmarca perfectamente dentro de la tradición que nos ha legado el movimiento de la Ilustración. En cuanto puede decirse que este enfoque es representativo de una determinada ideología política, podemos apuntar: el liberalismo; en cuanto puede decirse que dicho enfoque corresponde a la visión del mundo de una determinada clase social podemos apuntar: la burguesía. Es decir, que básicamente la Universidad actual —en sus mejores momentos— refleja la ideología política y la visión del mundo de la clase dominante en el Occidente, y su postulación del humanismo “como norte de la vida universitaria” ha de entenderse dentro de dicho contexto. El profesor Enrique Galván ha definido a este humanismo como aquel que sostiene “que la moral y las instituciones de los ricos son perfectamente válidas para los pobres, en cuanto pobres”, y añade que “la noción básica que define el humanismo es la de *compatibilidad*. Compatibilidad quiere decir, fundamentalmente, que nada insuperable en el orden de los valores que definen la existencia humana separa a los pobres de los ricos”² En cuanto puede hablarse de dicho humanismo, es evidente su carácter clasista, su función como ideología que sirve para justificar la hegemonía de una clase social sobre otra. Pensar que el humanismo liberal imperante en las mejores universidades occidentales es algo más que un producto histórico-social que corresponde a un determinado “momento” histórico en el desarrollo de la humanidad sería, no sólo un acto de miopía histórica, sino una manifestación de cómo una clase puede considerar que su poder es tan inamovible como la roca de Prometeo.

La Misión de la Universidad de Ortega y Gasset —tan influyente en la formación de la Universidad de Puerto Rico— podría servirnos como ejemplo de lo que estamos hablando. De acuerdo con “El principio de economía a la enseñanza” (basada en que “el que no pueda lo que quiere, que quiera lo que pueda”, según la cita de Ortega y Leonardo de Vinci),

² Enrique Tierno Galván. “Humanismo y Sociedad”. *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político*, núms. 29-30, p. 35.

debe crearse una “Gran facultad de cultura” que se proyecta en la creación del “hombre culto”, el hombre de una sólida formación humanística. Refiriéndose a la misión de la Universidad de crear dirigentes —hombres capaces de mandar— Ortega escribe que: “Hoy mandan en las sociedades europeas las clases burguesas, la mayoría de cuyos individuos es profesional. Importa, pues, mucho a aquellas que estos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la cultura de los tiempos. Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Ésa es la tarea universitaria radical. Esto tiene que ser, antes y más que ninguna otra cosa, la Universidad.” Muchos, fascinados por la brillantez del filósofo español, no se han detenido a meditar sobre este pasaje que resume básicamente su pensamiento. La cultura —o el sistema de ideas vivas desde las cuales se vive— de vigencias, como las llama él en *El hombre y la gente*— ha de imbuir a las élites de la capacidad para influir vitalmente “según la cultura de los tiempos” Y es claro que, para Ortega, esas vigencias son hoy las de la burguesía occidental: el hombre culto, el universitario, será el que absorba —aunque con espíritu crítico— este conjunto de vigencias que refleja la visión del mundo de dicha clase. Así pues, la Universidad, en cuanto vanguardia de la cultura, habrá de ser causa y efecto a la vez de la transmisión de los valores de la clase dominante en el Occidente: la burguesía.

Claramente, al visualizar la cultura de esta manera —y a la Universidad como su portaestandarte principal dentro de la sociedad— Ortega plantea un problema que tiene dos vertientes. Está, primero, el carácter marcadamente clasista de la cultura en Occidente, entendiéndose por esto que la cultura occidental es, no sólo el reflejo de los valores y de la visión del mundo de la clase dominante en el mundo occidental, sino que también los frutos de la cultura son accesibles a unos pocos mientras los demás participan de “la cultura de la pobreza”; y, segundo, el efecto profundamente perturbador que tiene la misión “ilustradora” de la universidad sobre esos mismos valores y sobre esa misma visión del mundo. En otras palabras, que siempre existirá una tensión entre los valores predominantes en una sociedad —que correspondería en términos generales a los valores de la clase hegemónica— y los instrumentos que la crítica intelectual provee para el cuestionamiento a fondo de dichos valores. Por eso la Universidad —si lo es de verdad— reflejará dicha tensión, y resultará ilusorio pretender crear en su derredor una cortina que la proteja de la “contaminación” con el mundo exterior. Lo que la Universidad sea en un momento dado y en un determinado país dependerá, no de una noción abstracta que eluda el

confrontamiento con la realidad, sino la expresión concreta de la interacción entre los diversos grupos e intereses que componen la sociedad y la ideología que éstos sustentan.

La universidad moderna ha tenido, como se ha dicho, la tarea importantísima de transmitir la cultura humanística, pero, al mismo tiempo, ha contribuido a propagar una visión del “hombre culto” que ha servido, en gran medida, para sostener una visión aristocrática del saber y de la cultura, dándole la espalda a los problemas más candentes que afectan a la sociedad capitalista actual, y cultivando un “academicismo” que raya —especialmente en las universidades norteamericanas— en una total abdicación de la facultad pensante ante los poderes establecidos. El “humanismo” ha logrado convertirse entonces en una plañidera protesta contra la técnica y la revolución científica, o en el mero interés anticuario por algún documento remoto y carente de significado. En las ciencias sociales se ha manifestado en una manifiesta impotencia de afrontar los problemas más candentes del momento: la guerra y la paz, la pobreza, el discrimen racial, así como en el uso de una jerga incomprensible a todos, salvo los iniciados. En las ciencias naturales ha podido manifestarse como una “hardheadedness” que —yéndose a las antípodas del humanismo mencionado arriba— considera que no es para el científico determinar el uso que habrá de hacerse en los productos de su ciencia. C. P. Snow, en *The Two Cultures*, y en *Scientific Revolution* ha mencionado esta escisión entre las ciencias naturales y las humanidades como una ilustración del abismo que actualmente separa a ambos campos del saber, cosa que ya Ortega había previsto al hablarnos del “terrorismo de los laboratorios”. Pero el propio científicismo no deja de ser un hijo respondón del humanismo, y ambos tienen su origen en la formación de la mentalidad burguesa que caracteriza a la época moderna y contemporánea. La ciencia y la tecnología son valores de una clase cuyo racionalismo indicaba las rutas a la creatividad y la iniciativa individual. La fe en el progreso, que todo auténtico humanismo postula, no es sino la proyección hacia el futuro de esta tesitura frente a la realidad.

Así, pues, el propio enfoque humanístico de la sociedad occidental no puede concebirse como algo a-histórico; como un valor eterno y universalmente válido decretado por sus más egregios expositores, sino como una realidad tan cambiante como lo fue la Universidad Medioeval, en su época. Lo contrario sería asignarle un carácter inmutable a una institución y a la visión del mundo que ésta representa que está lejos de concordar con las fuerzas sociales y económicas que actualmente configuran nuestro futuro.

Porque un humanismo limitado y parcial que sirve como adorno o confite que tranquiliza conciencias, o como dador de coherencia y simetría a un mundo incoherente y asimétrico, sirve como soporífero más bien que como estimulante para el verdadero cuestionamiento de los problemas cruciales que afectan a la sociedad occidental. En la medida lo que todo esto se consolida en un "Establishment" educativo —como en la mayoría de las universidades norteamericanas— el humanismo se convierte en la retórica "estándar" del discurso de graduación —mientras unos señores en el sur de los Estados Unidos matan ocho niñas negras en un templo de Birmingham.

Está claro que no puede ser esa vertiente del humanismo: la aristocrática, la clasista, la inocua la que es ideología conveniente; lo que debe cultivarse predominantemente en una universidad. Los grupos poderosos en una sociedad siempre estarán contentos y tolerarán esa "libertad para ser académicos" que este tipo de humanismo postula. De hecho, las fundaciones filantrópicas de los Estados Unidos dedican enormes cantidades de dinero para promover investigaciones "humanísticas", "científicas" o "sociológicas" que, por su propio carácter "académico", *no penetren* en el velo piadoso que cubre los intereses que practican esta misma filantropía. Así, las sumas más jugosas para investigación irán generalmente a aquellos que se dedican precisamente a investigaciones cuyo propósito no sea el de verter luz sobre áreas neurálgicas de la sociedad norteamericana o mundial.

No obstante, el arma del intelecto resulta siempre una de doble filo. La universidad moderna misma no ha dejado de reflejar el espíritu contrario a todo prejuicio, a todo "ídolo" por usar el término de Bacon, a toda opinión que se asienta sobre la tradición, la costumbre o la superstición. Si bien es cierto que el humanismo liberal ha tenido la vertiente que señalé arriba, no es menos cierto que esto evoca e invoca un espíritu crítico que es por su propia naturaleza radical —en el sentido de que intenta penetrar hasta la raíz de las cosas. Precisamente el acceso de nuevos estratos de la población a las universidades pone en manos de éstas instrumentos analíticos que sirven como armas para echar abajo todo humanismo espurio por clasista y limitado. El mundo se mueve hoy hacia la superación de la cultura como una decantación y reserva de los intereses y valores de una clase social. Las puertas de las universidades tendrán que abrirse o serán abiertas por estos nuevos grupos, mientras que la cultura, como patrimonio de una clase sufrirá la transformación que implica el que la cultura sea algo accesible a todas las capas de la población. En cuanto a eso, el espíritu verdaderamente libre e inquisitivo de la universidad moderna como

hija de la ilustración, pavimentando el camino hacia ese fin en la medida en que la "igualdad de oportunidades educativas" no es un mito creado por los grupos que detentan el poder político y económico para mistificar los verdaderos problemas que ellos han contribuido a crear. No es exagerado afirmar que aun a los países más avanzados industrialmente del Occidente —para no hablar de los países llamados, en la jerga de los economistas, "infradesarrollados" — dicha igualdad de oportunidades es bastante problemática por no decir virtualmente inexistente. Pero, en la medida que la presión desde abajo sea cada vez mayor, se convertirá en una realidad el bello mural de David Alfaro Siqueiros que adorna a la UNAM y titulado "La Universidad va al pueblo; el pueblo va a la Universidad". Vale decir, que la universidad moderna no podrá permanecer únicamente como bastión del humanismo liberal, porque en la vertiente "ilustradora" de ésta se hallan las semillas para su propia superación como herencia exclusiva y sagrada de un grupo de privilegiados.

Naturalmente que no faltará quien hable de los peligros de "la educación de masas" y de la "sociedad de masas" para el desarrollo de la cultura y para la universidad en cuanto a tal. Otra vez Ortega, recordando a Rathenau nos conmina con "la invasión vertical de los bárbaros". Es claro que no puede pasarse por alto este argumento como baladí. Pero vayamos al fondo de su significado. De una parte, puede argumentarse que el abrir las puertas de la universidad a "las masas" contribuirá indefectiblemente a la degradación de los niveles de excelencia académica, a la total desvirtuación del sentido estético de las cosas, y a la instauración de una mediocridad que tornará el legado cultural del Occidente en una mera olla podrida de opiniones y creencias mal entendidas. Aquí es claro que las "minorías dirigentes" tendrán que provenir de una clase determinada y se constituirán en una aristocracia que custodiará el precioso legado humanístico. La calidad de la educación universitaria variará en proporción inversa a su extensión a las masas. Pero, podríamos preguntar, ¿quiénes son en el mundo actual los que degradan los gustos y pervierten los sentimientos?, ¿quiénes son los que mediante los medios de comunicación de masas simplifican, mistifican y confunden las cosas?, ¿quiénes los que propagan ese *Midcult* que ha denunciado recientemente Dwight MacDonald?, ¿las masas? No lo creo. Las masas meramente consumen lo que les ofrecen, en forma diluida o enlatada, los medios de comunicación de masas al servicio de los grupos dirigentes. Y no por accidente ni por olvido, sino con toda la deliberación que está implícita en la comercialización de los objetos de la cultura. Si las masas no son "ilustradas" es —aparte de que la "ilustración" no tiene sentido para los que viven en la pobreza— porque los medios

de comunicación de masas se han convertido en “medios de distracción de las masas”, como los llamó agudamente C. Wright Mills. La cultura *kitsch* es un resultado directo e indirecto de toda sociedad capitalista avanzada y no puede atribuirse a la “vulgaridad” de las masas.

Si el proceso ha penetrado ya en Norteamérica o las universidades que Hutchins llamó “Service Station Universities” no se culpe a las masas; véase en ellos un reflejo fiel de la sociedad que sirve como trasfondo a las universidades mencionadas. La administración de soporíferos en píldoras “culturales” degrada la educación, es cierto; pero, son los intereses que temen a la misión “ilustradora” de la universidad auténtica los que administran los soporíferos. Cuando la universidad se utiliza para esos propósitos, hemos llegado a las antípodas de la noción original que les sirvió como norte a los humanistas liberales que concibieron a la universidad moderna.

Por eso la tensión entre la universidad y la sociedad existirá siempre. Porque la universidad, al mismo tiempo que reflejo de la sociedad en que vive, es también agente perturbador de ésta. Su misión iconoclasta funcionará mientras se consume dentro de su seno el espíritu inquisitivo y crítico. Fuerzas hay en el mundo actual que pretenden acallar dicha actitud inquisitiva y crítica para adormecer a la sociedad en general con cuentos bobos. Los intereses oscurantistas y reaccionarios de la sociedad occidental —los mismos que combatieron a la Revolución Francesa y que han combatido todas las revoluciones y reformas sociales— son los que ven un peligro en la universidad como heredera de la tradición de la Ilustración. Al mismo tiempo, la tradición proveniente de la Ilustración pone en juego incluso los propios valores del humanismo liberal que le sirvieron como norte en sus comienzos y que actualmente responden a una concepción del mundo y a unos valores en vías de superación. Pero, para que pueda lograrse una transformación en la noción de la universidad actualmente imperante en el Occidente sería forzoso que las clases sociales que aún no disfrutaban del patrimonio de su cultura realicen la transformación que actualmente se vislumbra en el horizonte.

II

No he hablado, en esta larga y tortuosa disquisición, de la universidad y de la sociedad puertorriqueña. Lo he hecho a propósito con el objeto de fijar el esquema que servirá como norte para un modesto intento de hablar como una “sociología de la universidad puertorriqueña”

Lo ya apuntado servirá para aclarar básicamente que la Universidad de Puerto Rico no puede reclamar para sí el insólito papel de institución exótica que se halla "por encima" de la sociedad en que vive. No será, por lo tanto, una agencia cuya relación con la sociedad puertorriqueña sea algo *sui generis*, combinación insólita de retiro académico y absoluta virginidad política.

En realidad, la Universidad de Puerto Rico desde su fundación ha reflejado fielmente la pugna de las fuerzas sociales y económicas que han luchado por el poder en Puerto Rico desde comienzos de este siglo. Lo que la universidad ha sido en cada momento crucial, desde su fundación, no ha sido otra cosa que un recinto cuya relativa "inmersión" o "insulación" de la política ha respondido a lo que en cada uno de estos momentos ha sido la opinión predominante dentro de los círculos dirigentes en Puerto Rico y en la metrópoli. Incluso el currículo mismo de la Universidad de Puerto Rico durante los últimos veinte y pico de años refleja el advenimiento al poder público de un grupo de liberales puertorriqueños cuyo control del poder público hizo posible una "reforma universitaria" a lo largo de las directrices del humanismo liberal a que hicimos referencia antes. El clamor actual por una reforma universitaria que supere fundamentalmente a la anterior refleja también una nueva alineación de fuerzas que hoy intentan utilizar el poder público para lograr sus fines. Ocultarnos lo aquí expresado equivaldría a aceptar la mistificación y el auto-engaño como normas de nuestra conducta como profesores universitarios. Creo que no es necesario redundar sobre el tema de que la noción de la Universidad de Puerto Rico, sustentada por los grupos dirigentes de la sociedad puertorriqueña y de la metrópoli antes del 1940, así como la sustentada en el momento actual, representan concepciones antagónicas que son al mismo tiempo el reflejo de intereses y visiones del mundo antagónico, dentro de la sociedad puertorriqueña y de la metrópoli. Lo que la Universidad habrá de ser en cada momento dado de nuestra historia oscilará en concordancia o en discordancia con dichos intereses y visiones del mundo discrepante.

Ahora bien, actualmente predomina en nuestra universidad la concepción liberal humanista de la universidad, al menos en lo referente al currículo, porque en la práctica ese liberalismo humanístico brilla por su ausencia en lo que a la actual administración universitaria se refiere. (¿Cómo puede reconciliarse en la práctica ese humanismo liberal con la postura antiliberal negadora de los derechos de la facultad y el estudiante a participar en la toma de decisiones que la afectan vitalmente? sobrepasa mi capacidad para la síntesis de los antagonismos.) En este aspec-

to, los temas que traté anteriormente (“humanismo liberal”, “educación de las masas”, “sociedad de masas”) tienen vigencia para nosotros aquí y ahora. Para no ser académicos, entremos sin temor en los temas mencionados en tanto en cuanto que éstos afectan a la universidad y a la sociedad puertorriqueña.

La noción de la “educación general” así como una reforma universitaria orientada básicamente por el pensamiento orteguiano no puede representar mejor ese humanismo liberal a que hicimos referencia arriba. En cuanto a ideología oficial o cuasioficial del *Establishment* universitario puertorriqueño, sus vicios y virtudes pueden apreciarse por los frutos que ha producido. Para un país pobre y colonial como el nuestro, el humanismo de tinte aristocratizante ha servido para soslayar los problemas más urgentes que afectan nuestra sociedad en aras de una supuesta preocupación por los valores de la “civilización occidental”. Se ha hablado de liberalismo dentro del sistema antiliberal que todo coloniaje apareja, y se han repartido los confites de la “Operación Manos a la Obra” todos los años y con la misma monotonía, en el discurso de graduación del rector de la Universidad de Puerto Rico. Tema predominantemente en esta retórica liberal ha sido, de una parte, la sociedad abierta y de la otra, una fe racionalista en el progreso como algo accesible a todas las capas de la población puertorriqueña. Pero, como precondition para el ejercicio de estos principios se ha establecido el principio de la “libertad para ser académicos”. No obstante, el filo doble a que hice referencia antes ha impedido cabalmente el logro de esta concepción sobre la vida académica. El clamor que existe actualmente en favor de la reforma universitaria muestra este aserto, ya que el humanismo liberal —aún dentro de su hipocresía— no puede evitar el cuestionamiento a fondo de todos los principios que le sirven como norte.

La “educación de las masas” y la “sociedad de masas” invocados como espectros que es menester combatir desde esta perspectiva esencialmente aristocrática de la cultura —se han convertido en mitos que son invocados en pro y en contra de una auténtica reforma universitaria— dependiendo de cuándo convenga invocar el pro y el contra. Ya el doctor Luis Nieves Falcón ha demostrado lo falaz que resulta en la Universidad de Puerto Rico “la educación de las masas”; la educación universitaria de Puerto Rico sigue siendo primordialmente el patrimonio de la clase media. Asimismo, los estudiantes provenientes de las clases bajas —un pequeño porcentaje del total de estudiantes— son entonces sometidos al proceso de asimilación de una cultura humanística que sirve como suavizador y tranquilizante para sus frustraciones y privaciones; en todo momento, el

modelo de respetabilidad que se pone ante el estudiante pobre que asiste a la Universidad de Puerto Rico es el del profesional burgués. Los ideales y los valores de la clase dominante son los que sirven como objeto de su estudio, de tal forma que ésta puede olvidar o dejar atrás lo más pronto posible “la cultura de la pobreza”

Pero, aquí también, la relación es dialéctica. No podrá permanecer por mucho tiempo la Universidad de Puerto Rico como reducto o bastión de los puntos de vista de una determinada clase. La “educación de las masas” tendrá que venir, tarde o temprano, como corolario de la sociedad de masas —aun cuando no vislumbre dicho cambio en un futuro cercano ni dentro del actual sistema económico. No obstante, los cambios que se operen en el futuro dentro de la sociedad puertorriqueña no podrán dejar de afectar —y perdonemos la gedeonada— para bien o para mal de la Universidad de Puerto Rico. Específicamente, me refiero a la solución eventual de nuestra condición colonial y al advenimiento de nuevos grupos de nuestra población al pleno ejercicio no sólo de sus derechos políticos sino de sus derechos sociales y económicos. Así nada más podrá concebirse que “la universidad vaya al pueblo y el pueblo vaya a la universidad”

En *La Nausée* de Jean Paul Sartre, uno de los personajes de la novela define una aventura como “algo que se sale de lo ordinario sin ser extraordinario” Esa definición cuadra muy bien si enfocamos la realidad del estudiante y del profesor universitario promedio y hablamos de su “aventura” universitaria. Siempre ha convenido a los grupos poderosos que defienden el *status quo* que la aventura no sea algo “extraordinario”, sino —justamente— sólo algo que se salga de lo ordinario. A menos que esta visión de la realidad universitaria puertorriqueña se supere (es decir, a menos que no emprendamos una aventura que tenga visos “extraordinarios”) la labor de la universidad y de la sociedad puertorriqueña estará siempre —como lo ha estado hasta ahora— por hacerse.